

Joaquín de Arévalo. 1888. "El dialecto". _Galicia. Revista □
Regional_, Ano II, Núm. 7, Julho 1888, pp. 301-312.



EL DIALECTO

AL SEÑOR DON ANDRÉS MARTÍNEZ SALAZAR

Bella es Galicia, y yo también la amo.

Yo también me estremezco de placer al pisar, tras larga ausencia, este querido suelo; yo aumento en vida al sentir oreada mi frente por el aire puro de mis campos; vivo más entre el misterio de estas frondas; amo más dentro del recinto de sus ciudades. Yo también comprendo la poesía triste de este cielo; también conozco el lenguaje amante de estas brisas; también me emociona el aire dulcísimo de nuestras baladas, el eco majestuoso de estos mares, la sonrisa de miel de estas mujeres. Yo leo en el murmurio de nuestros ríos; concibo la fantástica existencia de nuestras *fadas*; interpreto las historias lúgubres que narran nuestros antiguos torreones; sueño con los cantos de amor de nuestros trovadores, y me atemorizan nuestras rancias y plañideras consejas.

Yo he sentido, aquí en esta Galicia bella, la primera luz herir mis pupilas; yo aquí he escuchado las primeras suaves

notas de la maternal canción; yo guardo en el seno de esta tierra querida los fríos despojos de la que me dió á beber en su seno el licor de la vida y en sus labios el germen del cariño; yo he sentido aquí el primer calor de los primeros besos y acaricié con mis lágrimas—que también las lágrimas acarician—los vagos perfiles de una cabecita rubia... Aquí fuí padre.

Si, yo soy gallego, gallego de corazón, de nacimiento, de procedencia; y aunque corre también por mis venas el ardor de la sangre andaluza, no por eso mi santo amor al país es más tibio, ni menos acendrado que el de los gallegos de primera calidad, que creen patriótico encerrarle con muro fantástico que no deje penetrar la más leve sombra de nada que quiera destruir nuestras costumbres y nuestras tradiciones.

Uno de los matices del país, que le dan más color local, y que hay algunos literatos que á toda costa quieren sostener, soplando sobre su mortecino fuego que se apaga, es el dialecto; el dialecto gallego, mimoso, acariciador, poético, agasajante; pero que se va, á pesar de sus cariñosos panegiristas; que huye, que se esconde, que se fusiona, se bastardea, se muere; marcha á alcanzar la única categoría posible: la de recuerdo amoroso de la patria y de la familia, que es el carácter que le hace grato al oído y al corazón.

¡Qué dulce lengua la lengua maternall.. En esa combinación de sonidos que brotan de unos queridos labios que amorosos besan y hablan á un tiempo, bebe la criatura las primeras nociones del fonético lenguaje. En esas notas dulcísimas que acarician en la tierna edad, la mente busca las primeras nociones de sus primeros pensamientos. En ese rudimentario mecanismo, halla las primeras fórmulas para expresar sus deseos. En esa onomatopeya tierna y delicada, siente las primeras sensaciones acústicas del mundo externo. En esos giros caprichosos del lenguaje, liba la miel de las mieles y la dulzura de las dulzuras,

Una madre es una gran profesora de lenguaje. Afirma la práctica de cada palabra con una caricia, é inculca las voces, á fuerza de mimos, en la infantil penetración. Empieza hablando con los ojos y termina hablando con toda su alma que se llena de placer y de locura viendo á su pequeñuelo enredado en un laberinto lingüístico sin salida y sin forma.

Esta y no otra es la razón, en mi humilde concepto, de que el idioma materno no se olvide nunca y de que le ele-

vemos en nuestra alma un santuario. Él persigue nuestro oído y le arrulla suavemente cuando estamos lejos del querido terruño; él conduce á nuestra imaginación las escabrosidades abruptas de nuestras costas; nos recuerda el majestuoso acento de nuestros mares; nos trae á la fantasía las notas débiles que el aire, que pasa, arranca de nuestros pinos; nos habla de nuestra cuna; nos remueva el colorido de nuestras infantiles oraciones. Ese lenguaje de la niñez infiltrado en nuestra alma como una devoción, y conservado en ella con terquedad amante, no es querido más que por los recuerdos santos que ofrece. Más acariciado cuanto más lejos del país está el que le habla, parece que las palabras emitidas en ese lenguaje peculiar y propio son más armoniosas, más características, más exactas, que las voces del lenguaje común, y que responden mejor á nuestro pensamiento. Parece que nuestros acentos patrios son un jirón de la dignidad de nuestro pueblo y que en ellos va el orgullo y la bandera de nuestra raza. Parece que van destellos de nuestra nacionalidad en las ondas sonoras de la palabra hablada.

En este caso, el dialecto aparece congregando amoroso á los hijos de una misma tierra, enlazándoles con un mismo lazo, y marcándoles con un sello especial de protección mutua y de compañerismo. Entonces, el catalán *vota á Deu* y por un fenómeno cerebral se cree al amparo de su cielo nublado por el humo de las fabricaciones; el vizcaino entona al son de su dulzaina el *Guernicaco arbola* y ve su triste tierra amasada con sangre y flores; el valenciano recuerda el juramento de amor hecho en lengua lemosina á la sombra acariciante de sus palmeras; y el gallego... el gallego, *miña xoya*, muere de *saudades, soidades*—ó como se diga—por que hecha de menos el borlonado puntero de su gaita melancólica. Y como no somos los de acá los únicos dotados de sentimentalismo y de fantasía, también, allá lejos, al amor de su dialecto propio, el polaco, por ejemplo, llora las desdichas de su patria en su lengua; el croata camina altivo por entre las nieves de la Siberia, maldiciendo en su lenguaje las manifestaciones de la tiranía, y el escocés llora con sus ojos azules el hogar lejano, al arrancar tiernas baladas de su pastoril *pibroch*. Yo mismo, que estos santos destellos del color local no sé si río ó ensalzo, no sé si critico ó adoro, me vi á muchas leguas de mi país y he sentido la nostalgia de la ausencia. Y, de noche, en esas horas en que el Océano es más negro y mas misterioso y en que la contemplación de

su grandiosidad puebla de fantasmas la mente y los labios de oraciones, me unía, para desahogar penas, con los míos —no importa cual fuese su categoría— y saboreaba el placer de hablar gallego, placer tanto más grande cuanto más furtivo.

Pero estas adorables reminiscencias de la cuna, que afectan solamente al sentimiento, no son ni pueden ser tenidas en cuenta ante la severidad filológica. El dialecto, filológicamente considerado, debe desaparecer como lenguaje, quedándose reducido á la categoría de recuerdo cariñoso.

El dialecto no tiene condiciones de vida. De naturaleza débil y decadente, él es el resultado exclusivo de una degeneración lingüística. De estructura tosca é inculta, menos extendido que el idioma general, es un aborto de épocas de decadencias y de barbarie, que está llamado á ser absorbido totalmente por el lenguaje de la Nación. Ni su literatura puede extenderlo, ni el número de escritores que le cultivan son bastantes á darle fuerza y brío, ni su pobreza de voces le puede abonar. Entregado en manos del vulgo, único que le conserva y le habla, su vida no puede traspasar esa humilde esfera de conocimientos incultos, de hábitos groseros, de necesidades morales mezquinas y amaneradas, por que—dígase lo que se quiera en contrario—carece de palabras que se ajusten en lenguaje propio á las necesidades de la vida intelectual. Expresará mejor ó peor el dialecto la vida ordinaria, las ideas de acción, tiempo, lugar, las incidencias de lo práctico; pero es pobre, muy pobre en conceptos sublimes y en ideas elevadas, ideas y conceptos que tiene que pedir prestadas al lenguaje oficial del país, que es el idioma literario por excelencia. En suma: la cuna del dialecto fué un basardeamiento del lenguaje; su tumba es la civilización.

Al hablar como lo hago, no me refiero al gallego solamente. Hablo del *catalán* también, del *valenciano*, del *viscaino*, del *bretón*, del *provenzal*, del *gascón*, del *saboyano*, del *piamontés*, del *lombardo*, del *rumano*, del *veneciano*, del *tirolés*, del *bergamasco*, del *suizo*, del *húngaro*, del *reniano*, del *sajón*, del *flamenco*, del *holandés*, del *danés*, del *escocés*, del *croata*, del *lapón*..... así hasta cinco mil dialectos proximalmente que se calculan en el mundo.

Toda esa gente que cultiva tanta diversidad de lenguaje, tiénele también alzado un altar dentro de su pecho, y esas consonantes endiabladas cuya pronunciación es tan imposible para nuestros órganos fonatorios, suenan allí dulces, ex-

presivas, acariciantes; que un mimo es mimo lo mismo en nuestro gallego dengoso, cabe los juncos del Ulla, que en un dialecto alemán, al lado de las espadañas del Danubio azul.

Fantasia, sentimiento, adorables imposiciones de localidad, que barre día por día el progreso humano; particularidades del patriarcalismo que destruye la locomotora; separatismo de lenguaje que repudia al buen sentido; herencias viejas que se están acabando; tradiciones que se están muriendo.... éso son los dialectos actualmente.

¡Ah! el progreso no reconoce límites. Él ha cambiado por completo el aspecto del mundo; ha trastornado la corteza terrestre, ha dado nuevo curso hasta á los mares, ha sorprendido los secretos de la Naturaleza, ha creado como Dios, y, siéndole el planeta pequeño, lleva sus inquisiciones científicas al mismo firmamento y se familiariza con los astros. El progreso ha regenerado al hombre, le ha dignificado, le elevó á la categoría de ser semi-divino, desde la condición de simple ser orgánico. Nace el primer hombre de entre las sombras del enigma, solo, ignorante, rudimentario, estúpido; todo lo desconoce, todo lo ignora y no obedece á más leyes que las que se derivan de sus apetitos groseros. Ignora el astro que pisa; ignora el porqué de su aparición al *ser*; ignora la idea del bien y del mal, la noción de lo justo y de lo injusto, de lo bello y lo no bello, y sin aspiraciones morales, sin tendencias, sin horizontes, permanece bruto é indolente, tirado en un rincón de la tierra de que ha sido hecho y que no espera ni remotamente señorear. No ama, ni cree, ni ríe, ni habla. Las facultades afectivas son en él un germen, sus manifestaciones son mímicas y, si acaso llegan á revestir forma fonética, la traduce en una hullido áspero y salvaje. Es ese hombre, el feto del linaje humano.

Tras el primer hombre, las primeras tribus errantes y bárbaras; después, el primer régimen patriarcal originando la familia; tras el régimen patriarcal, la sociedad en sus albores y la civilización con sus primeras tintas dibujándose débilmente en el horizonte del porvenir; luego, el cuerpo político estribando en leyes, y más adelante el movimiento de avance, rápido, avasallador, vertiginoso, eterno. La civilización volando sobre los océanos procelosos, cerniéndose sobre las cúspides de las montañas, internándose en el seno del planeta, elevándose á las infinitas llanuras de los espacios azules, escudriñando el firmamento, aleteando sobre las nieves del polo, arrancando los secretos á la ciencia y desfigu-

rando día por día las innobles formas del ídolo del misterio y del fanatismo. Esa civilización que nos da un Franklin que detiene la cólera del choque de las nubes, un Guttemberg que esmalta y hace imperecedero el pensamiento; un Fulton que destruye las distancias; un Colon que hace surgir de entre los cristales del ignoto líquido un mundo real desconocido; un Chappe que acerca y funde entre sí los países más distantes al envolver el planeta en una red metálica; un Eddison que grava mecánicamente la voz y burila el sonido; que nos da un Daguerre que esclaviza la luz; un Parmentier que alimenta al pobre y un Arkwright que le viste. La civilización que imprime en el hombre el gusto por lo bello, por lo bueno, por lo justo, por lo sensato; que le hace ser admirador de la Naturaleza y trasladar al lienzo la poesía de sus tonos con la paleta de un Murillo, de un Dominiquino, de un Espagnoletto; lo bello de sus formas plásticas con el cincel de un Miguel Angel y de un Canova; que le hace cantar himnos de amor en la lira del Petrarca y de Lord Byron y de Lamartine, del Tasso, de Milton, de Espronceda, de Enrique Heine, del melancólico Becquer y de nuestra tierna Rosalía. La civilización, que no conoce países, ni establece diferencias de patria entre los genios. La civilización, que nos demuestra que la sociedad es una, que la unidad es la tendencia de la criatura humana; que patentiza como viene operándose, á través de los tiempos y en virtud de una ley suprema, el movimiento de fusión fraternal que destruye la divergencia de usos, costumbres, carácter, tendencias, leyes sociales, fórmulas políticas, religión, idiomas que nos separan á los habitantes de un mismo mundo. La civilización extiende sus alas, y bajo ellas nos cobija á todos, sin distinciones. La civilización, que es una fuerza avasalladora, encumbra la razón por encima del sentimiento y hace al corazón esclavo de la mente. La civilización, crece, crece, y no se sabe á donde va. Y en aras de ese poder que deslumbra, divinidad acreedora á todas las veneraciones, aun aquellos gallegos más recalcitrantes y más chapados, quemán incienso, y olvidando un momento las quimeras de la fantasía, que nacen al calor de un cariño pequeño para hombres tan grandes, exclaman:

Todo tende á unidá, lei d'entre todas
A máis inesorabre d'o progreso;
Y-el que de cen naciós un poyo fixo

Un idioma fará de cen dialeutos;
Como paran n'o mar todol'os ríos,
Com'os rayos de sol paran n'un centro,
Todal'as lenguas han de parar n'nnha
Qu'hemos de falar todos tarde ou cedo (1)

Ese poeta ilustre de Galicia, quizá el poeta de más nervio y más viril de toda nuestra tierra, quizá el más amante de nuestros clasicismos; el que lleva sus exageraciones á imprimir en el dialecto que oyó hablar á su madre en la lengua de la niñez hasta el pie de imprenta de sus libros, piensa, como yo, que los dialectos ya sean dulces, ingratos, amargos, tiernos, sentimentales, tienen que caer desplomados por el mismo peso de su inutilidad. Cree, como yo, elevándose por encima de las sensiblerías que engendra la cuna, que el idioma universal es necesario y lógico; necesario á la sociedad, necesario á la razón, necesario á la ley del progreso humano, necesario á otra ley misteriosa que pudiéramos llamar molecular, en virtud de la cual la parte tiende á fusionarse con el todo, como tienden al mar los ríos y los rayos solares á un focus ardiente y luminoso.

“Los dialectos no pueden perderse y olvidarse—dice Murguía—porque hay tanto en ellos de vivo y casi casi de eterno, que es imposible que mueran sin que desaparezcan por completo las gentes que los hablan.”

No tiene razón el historiador gallego, desde el instante en que los dialectos todos, lejos de ser eternos, han tenido su desarrollo lento en una elaboración de elementos adulterados de lenguaje, y ven su fin á merced de las transformaciones sucesivas que experimentan de generación en generación y de comarca en comarca.

Contrayéndonos á nuestro gallego, destruye la afirmación del Sr. Murguía, la misma realidad de las cosas. Desde los tiempos de mi abuela en que se expresaba en gallego toda la distinguida sociedad ferrolana, hasta hoy en que no le habla ni aun el pueblo bajo, el dialecto ha desaparecido al contacto de las transacciones mercantiles y de lroce continuo que tenemos por mar con otros pueblos. Aquí, ese ir y venir constante y ese acercamiento á la civilización ha apagado la luz del habla patriarcal que casi ya no se escucha, ni se entiende. En todos los pueblos del litoral ya sean gallegos,

(1) Cárros Enriquez.

vascongados ó catalanes, sucede con más ó menos violencia lo propio, hasta el punto de que ya hoy se conceptúa *vergonzoso el hablar el dialecto por los mismos naturales del país*, según dice el Sr. Sieiro. Los dialectos quedaron, pues, relegados á lo más interno; á las comarcas que carecen de trato de gentes, á la alta montaña donde se le encuentra en toda su pureza. Al paso que se va bajando hacia las costas, se le va oyendo más bastardeado, menos montaraz, más adulterado con palabras castellanas, y en los puertos se le ve ya muerto del todo. Aquí, desde el bracero que gana un mísero jornal, hasta el pequeñuelo que pide limosna, miserable y andrajoso, todos hablan un castellano sino culto y gramatical, castellano por lo menos.

Esa misma diversidad de palabras que en distintas comarcas tiene el gallego para expresar un pensamiento mismo, una misma idea, es otro de los argumentos en pro de su desaparición. Apenas podrán reunirse gallegos de las cuatro provincias que se entiendan entre sí. Unos dicen *estadullo*, otros *fungueiro*, otros *fueiro* y todo ello es un palo. Unos llaman á la mariposa *abelaiña*, otros le dicen *volvoreta*. Unos dicen *samelo*, otros *mamota*, otros *zoucho*, total, lo mismo: castañas. Unos pronuncian *barrelo*, otros *berce*, otros *arrulo*, que es la cuna. Y de todas esas diferencias en la expresión, deduzco yo:

Primero: que si el gallego fué uno, ha sufrido transformaciones de localidad y las sufre diariamente hasta venir á parar, en forma insensible, al castellano.

Segundo: que entre las clases ilustradas, el gallego no es mas que un signo para entenderse con el vulgo.

Tercero: que el idioma oficial es necesario para que puedan comprenderse tantos pueblos de la misma provincia que no se entienden todavía.

Cuarto: que las clases vulgares de ayer, que hablaban el gallego, son las civilizadas de hoy que se expresan en castellano.

Y quinto: que el gallego es una degeneración y prostitución tal de lenguaje, que cada día se le comprende menos.

De aquí toman pie algunos publicistas para exigir una gramática oficial, única y suprema, que reglamente este caso y ponga orden en esta barahunda; un código que nos traiga la unidad y verifique la reversión al gallego *enxebre* primitivo; es decir un puntal para este edificio que se desmorona. Quieren que se legisle lo ilegible; que se reglamente el vi-

cio; planchar lo desgarrado para darle visualidad. Pensando, con razón, que los regionalistas de las otras provincias deseen lo mismo, vamos á llenar el mundo de gramáticas, cuando una para cada nación es lo suficiente, después de bien escrita y de bien sabida. Escuelas, es lo que aquí hace falta que no gramáticas sensibles de una lengua que sólo es un adorno.

Yo bien sé que el razonar así no halla eco en mis compatriotas; ¿pero es acaso signo imprescindible, el hablar gallego, de ser un hijo amante de la tierra? ¿Imprime patriotismo el producirse en el lenguaje meloso de nuestras montañas? Yo creo que no. Yo creo, que el hombre llama al hombre y acudo al llamamiento. Yo creo que todo tiende á la unidad, y el género humano á amalgamarse y á comprenderse sin entorpecimientos que le separen, obstáculos que le disgreguen, y diferencias que le desunen. Para mí ha sido grande el 93 porque nos dió el *metro* y el *litro*; es grande Parmentier porque nos trajo la *patata*; es grande Arkwright porque vistió á nuestros aldeanos mas miserables, de algodón. Los pueblos se compenetran y se auxilian; los años que pasan destruyen rancias preocupaciones; la filosofía vence al sentimiento; la cabeza domina sobre el corazón, y ya no nos encerramos como el caracol en la concha de su casa. Hoy todo es cosmopolita. Cosmopolita la ciencia, el comercio, el arte, la música, la literatura.... ¿por qué no ha de ser cosmopolita también el lenguaje hablado? Hoy el grito de *atrás el extranjero* es un grito político que ya los pueblos no entienden. ¿Por qué nosotros, que tantas maravillas hemos creado, no hemos de poder lanzar de encima esa maldición de la torre de Babel, subseguida de maldiciones chicas, tantas como dialectos existen? Paso por que en Francia se hable el idioma de Fenelón y de Racine; en Inglaterra el de Shakespeare, en Portugal el del tuerto ilustre Camoes, en Italia en esa dulce armonía que brotaba de la pluma del prisionero de los Plomos (1), pero no paso porque España hable más que esa clara y expresiva lengua cervantina que hablaba D. Quijote y con la cual hemos asombrado al mundo. Ese dialecto, preconizado por espíritus sensibles, es incoherente, es destructor de la tendencia á unir, contrario á la razón; separatista; es la federación del idioma. Ni aun el amor al país me lo hace ver con indulgencia, por que el amor al país supone

(1) Silvio Pellico.

le deseo de su adelanto en todos los órdenes y no lo quieren los que lo federalizan y lo llenan de muros.

¡Ah!.. respeto que se conserve el gallego como un monumento de cariño; como se conserva el latín, por conveniencia, y el griego, que nadie habla, como un manantial etimológico; pero no le alcemos gramáticas; dejémosle que viva descuidado y abandonado á sí mismo, que así será más bello. No le sujetemos al compás del arte y de las pretensiones, no le pongamos ligaduras pedagógicas, y dejémosle que brote espontáneo y puro, tosco y selvático, lleno de ignorancia, de buena fe y de mimo, como brota de los labios de mi *Matilda* allá por Caldelas. (1) ¡Qué importa que Murguía diga lo que quiera; que Saralegui, ese escritor galano, inunde el dialecto gallego en flores de su amor y en tintas de su talento! (2)... ¿pasará eso de ser cariños particulares de gallegos ilustres? ¿Qué importa que publicistas distinguidos se dediquen, por gloria al dialecto, á investigaciones profundas en naciones diversas y que Cronsmacker hurgue polvorientos legajos para desentrañar sus fuentes, si toda esa tarea ímproba y trabajosa sólo es evaluable ante la literatura?

El dialecto se va por la fuerza misma de las circunstancias. Los idiomas todos, aun los principales, se alteran, se desfiguran, se transforman, se ceden palabras los unos á los otros y aumentan en afinidad de día, en día al paso que crecen las relaciones entre los hombres. El idioma universal vendrá.

No cabe duda que el idioma que hablaron nuestros primeros padres, ya no existe; se ha extraviado en las nebulosidades de los tiempos prehistóricos. Los teólogos atribuyen al *hebreo* el carácter de lengua primitiva; Pedro Erico cree que fué el *griego*; Juan Hugo opina que el *latín*; Bixhorn y Sanmaise, el *escita*; Abrahan Mibnos, el *cimbrio*; Reading, el *etiópico*; Juan Webb, el *chino*; Larramendi, el *vascongado*; Latour d' Auvergne, el *céltico*; Rudbeek, el *sueco*; Van Gorp, el *flamenco*; y cada cual en esa forma atribuye á su país la gloria de ser su lenguaje el primero hablado sobre la faz de la tierra. Un sabio inglés, Alejandro Murray, opina que todos los idiomas tuvieron su origen en las sílabas *ag, bag, dwag, lag, mag, nag, rag, swag*, que

(1) El autor alude á su artículo *Matilda* en su libro titulado *Ocios de Camarote*.

(2) *Galicia y sus poetas*.

fueron, digámoslo así el protoplasma del lenguaje. Pues bien, lo mismo que cada cual cree su idioma el mejor, el más armónico y el más antiguo, los gallegos también hallan argumentos filológicos en pro del suyo, y he ahí explicados Saralegui y Murguía con sus afecciones que quieren elevar á categoría de ciencia.

Para llegar al idioma universal, aspiración común, aunque remota, que se irá formando por sí sólo, de modo insensible, en elaboración fatigosa, tienen que empezar por fusionarse los sub-dialectos, después los dialectos, y el gallego, catalán, vascongado y mallorquin hablarán español; el auvernés, el gascón, el leonés y el patois serán francés; el holandés, el toscano, el friulano y el tirolés hablarán italiano; el welch, el irlandés, y el escocés hablarán inglés; el kutzco y el valaco hablarán turco; el suizo, el reniano, el sajón y el franconiano hablarán alemán; el danés y el jutlandés hablarán noruego; el croata, el servo y el lapón hablarán ruso.... &

El lenguaje universal no creo sea ninguno conocido hoy, y conceptúo imposible la imposición, ni aclimatación de un idioma de capricho. Así lo creyeron entre otros Wilkins, Moghi-Eddón, y Psalmanasar al ver la ineficacia de sus esfuerzos encaminados á sustituir la imperfección de los idiomas actuales con otro de invención suya que aspiraban á hacer hablar al mundo entero.

Viajaba yo uno de estos últimos veranos por la provincia de Orense, que es un festón de verdura, y escribía á *El Correo gallego*, periódico de aquí de Ferrol, mis impresiones tristes sugeridas por esas falanges de gallegos míseros, que van á la siega, tronando de paso contra este regionalismo y adoración al color local, que es nuestra ruina. Una revista ilustradísima de Barcelona—*La España regional*—á vuelta de mil encomios al escritor, y de mil perfumes al literato, encomios y perfumes que no merezco, me daba un palo con el cayado regionalista, en cuyo cayado vi yo un regatón de proteccionismo mal escondido. Mas, si allí esas adoraciones se comprenden y se explican, por que ese regatón *proteccionista-económico* se llama pan, aquí no se comprende esa ceguera y ese amor al aislamiento, que nos hace negar en todos los órdenes al comercio de ideas, y creer honroso el encerrarnos solos con nuestras antiguallas.

Aquí en Galicia, y por distinguidos escritores y por muchas de las primeras firmas de la literatura gallega he visto llorar como inmenso bien perdido el hecho de que en nuestras aldeas se va perdiendo el uso del dengue y del picote que tanta *fisonomía* daba á nuestras campesinas. Si esos escritores hubiesen profundizado más, hubieran visto que esas campesinas que antes gastaban camisa de estopa (con vistas de lienzo) que arañaba la piel cruelmente con sus aristas, hoy, la usan de algodón finísimo; y que ponen camisa y zapatos muchas de nuestras aldeanas que antes no la usaban. De modo que han mejorado.

Vayan benditos de Dios todos los dengues y todas las *nimosiñas falas*, que yo no tengo el egoísmo de que al pobre pueblo gallego me hable á la fantasía, si el, variando, mejora. Y entre que, conservando el colorido, sirva de inspiración al poeta, y no conservándole, aumente su bienestar propio, que tire con mil diablos la caja de colores, aunque no puedan pintar los poetas crueles, de costumbres.

JOAQUÍN DE ARÉVALO.

Ferrol, Mayo 88.

